



Teléfono 22601. - Secretaría 25. - Piamonte, 2 (Casa del Pueblo)

Año XXXI || Todos para uno = Mayo de 1938 = Uno para todos || Núm. 402

Imposibilitados de publicar, como sería nuestro deseo, en este número un original de nuestro camarada Largo Caballero, reproducimos unos párrafos del magnífico discurso por él pronunciado el pasado octubre, en acto organizado por nuestra Sociedad, en Pardiñas

FRASES DE LARGO CABALLERO SOBRE LOS SINDICATOS Y SU MISION POLITICA

«En cambio, a nosotros se nos acusa de anarcosocialistas, porque estamos en relaciones con la Confederación, con la que se quieren poner ellos también en relación. (Grandes risas.)

Lo gracioso, compañeros, es que esto lo hacen con la intención de ofendernos. ¡Ofendernos a nosotros porque estamos en relaciones con la Confederación! Están completamente equivocados. Lo que hace falta es jugar limpio, y yo tengo que recordar — algo he dicho antes — aquellas campañas que se hicieron, de carácter electoral, en las que dirigíamos llamamientos a los elementos de la Confederación y a los anarquistas, diciéndoles: Las libertades de España están en peligro; venid a ayudarnos y vamos a derrotar al fascismo y a vencer al enemigo.»

* * *

«En las elecciones, cuando veíamos en peligro las candidaturas de izquierda, no teníamos ningún escrúpulo en llamar a la Confederación y a los anarquistas, pidiéndoles que votaran con nosotros; pero cuando han votado y ya estamos en el Parlamento, y se han constituido los Gobiernos, les decimos: «Vosotros no podéis ya intervenir en la vida política; habéis cumplido con vuestro deber.» (Muy bien. Prolongados aplausos.)

* * *

«¿No habíamos quedado los socialistas y los elementos de la Unión General de Trabajadores en que no debía haber ningún sector en España que fuera indiferente a la acción política? Si habíamos quedado en eso, al entrar en la acción política se entra con plenos derechos, íntegramente, no como simples agentes electorales, para darnos el triunfo, sino para algo más; porque si fuera para eso sólo, yo tendría que decir a los compañeros de la Confederación que no hicieran caso a esos llamamientos. No, no; eso es de mucha más importancia de lo que creen algunos.»

* * *

«Cuando el Partido Socialista Obrero Español luchaba él solo contra la burguesía, le era muy difícil poder triunfar; y cuando el Partido Socialista comprendió la conveniencia de

que toda la clase trabajadora interviniese en la acción política, cambió de criterio, y en vez de decir que los Sindicatos eran simples Sociedades de resistencia para la lucha económica contra el burgués, contra el patrono, se les dijo: En esas organizaciones tú debes luchar políticamente. Y cuando venían elecciones de diputados, se les pedía dinero, y se les pedía que votasen a los diputados obreros, y también se les pedía apoyo para las elecciones a concejales, y en los pueblos se eligieron concejales que eran representantes de organizaciones sindicales. ¿Cómo después de que nosotros, al cabo de años y años, hemos educado a la clase obrera en el sentido de que debe actuar políticamente con intensidad, podemos, en un momento dado, decirle a esa clase trabajadora que, como está en los Sindicatos, no tiene derecho a intervenir en la gobernación del Estado? Además, eso está en contra de lo que dicen los estatutos de la Unión General. No, no. Hemos dicho que el Poder ha de ser para la clase trabajadora; y si el Poder ha de ser para ella, naturalmente que los Sindicatos tienen su actuación en la política. Porque si volvemos otra vez atrás y les decimos a los Sindicatos que no deben intervenir en tal o cual momento, nos exponemos a que cuando las aguas vuelvan a su cauce y les dirigamos llamamientos, nos digan: «¡Ahora lo hacéis vosotros! ¿No nos habéis dicho que nosotros no tenemos derecho a intervenir en la vida política del Estado?» En esto hay que andar con mucho cuidado, ¡con muchísimo cuidado!»

* * *

«Y, sobre todo, yo llamo la atención a todos los trabajadores sobre el peligro que significaría dar de lado a una organización como la Confederación, que ha entrado en el Gobierno y ha trabajado con entera lealtad—yo estoy dispuesto a discutirlo con el que quiera, públicamente—, porque estos hombres, en el Gobierno, podrán haber tenido alguna pretensión exagerada, por no tener conocimiento práctico todavía de lo que era la política. Pero en cuanto a buena fe, buena voluntad, lealtad, están por encima de muchos elementos que hablaban siempre de ella (Muy bien.), ¡por encima de muchos!» (Grandes aplausos.)

NUESTRA ADHESION AL PODER CONSTITUIDO

Aunque resulta innecesario, puesto que desde la iniciación de la campaña nuestra Sociedad estuvo por entero entregada a la guerra y, por tanto, al lado de todo Gobierno en ese lapso de tiempo, nos complace manifestar nuestra más fervorosa adhesión al Gobierno constituido hoy por toda la España antifascista, y el cual, por estar representadas en él todas las tendencias, tanto políticas como sindicales, cuenta con la confianza plena de toda la España leal

El secretario, ANTONIO ALBA

El sentido del deber

—Si tú reconoces que el momento es difícil, y por serlo tanto exige el agrupamiento de todas las fuerzas antifascistas para fundir su voluntad en una sola ambición de victoria, yo te pido, en nombre de nuestra clase social, que medites un poco y cambies fundamentalmente de conducta, para no entorpecer con tus acciones la unión sagrada de cuantos luchamos por la independencia de España y por nuestra liberación.

—¿...?

—Fácil te será comprenderlo. La lealtad y la honradez política en el procedimiento y en la acción son factores que deben presidir en todo instante la palabra y el pensamiento de cuantos hombres tienen una significación social.

Si se discrepa de la obra que colectivamente se realiza, y en cuya gestación y desarrollo se tiene una responsabilidad indeclinable, la discrepancia se está obligado a razonarla allí donde la articulación y el estudio del problema tienen su iniciación.

De ese círculo no puede salir la discrepancia, ni mucho menos airearla por los mismos hombres discrepantes.

—¿...?

—¡No! Yo no te pido sumisión a nadie. Lo que te digo es que si la discrepancia es tan fundamental que imposibilita todo punto de coincidencia para seguir caminando unidos, de cara al país se dice la verdad; pero separándose previamente del grupo de hombres que tienen una misión a realizar, y cuya obediencia a sus decisiones eres tú quien más grita para que las cumplan los demás.

—¿...?

—El rumor influye en la masa anónima del pueblo según sea la persona que lo lance a rodar.

Decir ahora públicamente, y por personalidades de significación política, ante una multitud que espera palabras de exaltación para la lucha: «Nosotros no consentiremos jamás que se realicen pactos con el fascismo», es afirmar en buen castellano que alguien pueda intentar la realización de tal infamia.

Ese rumor, propalado por gentes de poca solvencia, no roza la fina sensibilidad del pueblo. Esas manifestaciones, hechas — como lo han sido en el caso que nos ocupa — por diputados pertenecientes a un partido determinado que tiene representantes suyos en el Gobierno, hacen que la duda atormente la conciencia de los trabajadores, y de rechazo merman su moral de combatientes a límites insospechados por quienes hablaron tan precipitadamente.

—¿...?

—¡No! No es eso lo que yo digo. Lo que te afirmo es que si se tiene la prueba moral de que alguien trata de forzar un abrazo de Vergara que anule todo el esfuerzo realizado en defensa de nuestra libertad, se está obligado a decirlo primero en donde se trabaja colectivamente para acelerar la victoria, y si no se obtiene satisfacción, entonces se separa uno de la responsabilidad de gestión y de mando, y como un ciudadano cualquiera se le dice al pueblo, clara y rotundamente, sin usar el subterfugio, quién o quiénes pueden traicionar sus legítimas ambiciones ideales.

—¿...?

—No es hora de aumentar numéricamente las fuerzas propias cargando sobre los demás partidos y organizaciones sindicales las responsabilidades sobre la solución de problemas que nuestra guerra atenaza y complica.

Es, por el contrario, el instante en el cual, callada y silenciosamente, con entusiasmo y decisión, todos los que antepone el ideal de nuestra victoria plena a toda conveniencia personal debemos esforzarnos por unir la mayor suma de energías de que seamos capaces para canalizarlas en pos de esa victoria que nos dará, primero, la independencia como pueblo, y mañana, la libertad como clase social.

Quedan aún horas muy difíciles para España y para la República.

DEL MOMENTO

Para quienes llevan ya unos años de lucha sindical y política la propaganda que se separa de la realidad de cada momento tienen que estimarla como inoportuna y contraproducente. Esta clase de propaganda, juzgándola sin el menor atisbo de acritud, demuestra una gran falta de serenidad y de firmeza en las convicciones de los que la realizan. Quienes comparten desde hace tiempo las penalidades de la lucha no pueden perder la serenidad fácilmente. Su alma está curtida, y ni se dejan influir con exceso por los reveses que la lucha proporciona, ni el optimismo les pone una venda en los ojos que les impida ver lo que al día siguiente pueda ocurrir.

La guerra, como la lucha sindical y política, registra avances y retrocesos. Si los primeros nos entusiasman demasiado, los segundos deprimen nuestro espíritu en mayor proporción que aquéllos nos lo han elevado. En cambio, si en uno y otro caso acertamos a conservar la serenidad nos será más fácil examinar la forma que nos permita seguir avanzando o cómo podremos corregir los reveses sufridos.

Si miramos al pasado, a una distancia de veinticinco años, recordaremos perfectamente cómo muchos compañeros nuestros, al obtener una pequeña mejora arrancada a la clase patronal en circunstancias favorables a nuestra organización, se sumaban a nuestra causa y eran quienes en tonos más demagógicos se pronunciaban en las asambleas de nuestros Sindicatos. Su optimismo les hacía concebir la esperanza de que la clase patronal había sido abatida y al cabo de unos meses desaparecería como tal clase. Era inútil pedirles las razones de su infantil optimismo. Con decir que los trabajadores tenían la razón siempre, estaban del otro lado. Sin embargo, estos mismos compañeros, en el momento en que los patronos nos infligían una derrota desaparecían de las filas de los Sindicatos. Algunos llevaban sobre sí el marchamo de traidores.

Esto demuestra que no todos han venido a las organizaciones obreras dominados por un ansia consciente de reivindicación, sino al calor de los éxitos, u obligados por circunstancias

Tensemos el ánimo para resistirlas, superarlas y vencerlas.

Con estoicismo heroico, más heroico cuanto más callado y más sublime cuanto más romántico, yo te pido, en nombre de la libertad y de la democracia social, que tú dices defender, que silencies hoy tu forma impremeditada de enjuiciar los problemas y que te lances con nosotros al trabajo creador de cada hora.

Es de la única forma que podremos asegurar para el mañana victorioso la convivencia mutua, y hasta posiblemente nuestra unidad espiritual, por haber fusionado en uno solo nuestros postulados políticos, como seña que guíe a los hombres hacia su liberación.

Tú verás, compañero, si puedes aceptar el consejo.

Pascual TOMAS

personales. Quienes sigan teniendo la misma mentalidad (son muchos millares los que se han adscrito a las organizaciones obreras y a los partidos políticos después del 18 de julio de 1936) son materia predispuesta para la alarma excesiva y para el optimismo exagerado. La alarma se produce en ellos ante reveses que pueden ser corregidos, y el optimismo, por éxitos que pueden dejar de serlo al día siguiente. En cualquiera de los casos se acusa una gran falta de visión de la realidad, que si siempre es perjudicial, cualquiera que sea la empresa que se acometa, en tiempos de guerra puede ser catastrófica.

En cambio, el compañero que ha venido a la organización pensando más que en las mejoras de orden inmediato en la emancipación de la clase, habrá pasado por huelgas a causa de las cuales el hambre se haya enseñoreado de su hogar; habrá sufrido encarcelamientos y todo género de persecuciones, y jamás habrá perdido la esperanza en el triunfo. Seguramente ha pasado noches de insomnio discutiendo acerca de los medios a emplear para terminar con éxito la lucha; pero jamás se ha desesperado.

Pues ahora no parece sino que para algunos camaradas estamos luchando con organizaciones novatas y con partidos políticos cuyos componentes tienen más en cuenta sus propias condiciones personales que la responsabilidad que a todas las organizaciones antifascistas incumbe. Y, acaso sin pretenderlo, con su actuación perturban más que cooperan a la causa que nos es común.

Esto es lamentable que ocurra, porque en la España leal, salvo los que forman parte de la quinta columna, no hay quien necesite de otros estímulos para luchar frente al fascismo que sus propios deseos de vivir un régimen de libertad. Todos nos llenamos la boca diciendo a todas horas que hay que seguir las disposiciones del Gobierno, sin discutirlos. Pues si se considera que el Gobierno disfruta de la confianza del país, respétense sus decisiones, ya que de lo contrario será preciso pensar que no se procede con la sinceridad que los momentos que vivimos reclaman.

W. CARRILLO

Unificación consciente

«Si queremos que triunfen nuestros ideales emancipadores, se impone la unificación del proletariado, tanto nacional como internacionalmente.»

Estas palabras no han sido pronunciadas al calor de la lucha que el proletariado español mantiene hoy contra la nueva modalidad capitalista: el fascismo. Fueron escritas hace bastante tiempo, con la serenidad de juicio y la certera visión que caracterizan a uno de los más ilustres miembros de la Sociedad de Albañiles El Trabajo.

Pero la frase, por su contenido, era actual ayer, lo es hoy y lo será en tanto subsista el régimen capitalista.

Su autor la pronuncia hoy con la misma firmeza que ayer, y nosotros la repetimos con idéntica firmeza y convicción. Es más: en ningún caso como en éste podrá afirmarse de modo absoluto que en el proletariado no existe sector alguno, de cuantos reconocen la existencia de la lucha de clases, que niegue la necesidad de la unificación del proletariado para acabar con el régimen de explotación del hombre por el hombre.

Mas la unificación no es una palabra que sirva para ser utilizada simplemente con fines impresionistas. La unificación del proletariado significa la realización de un hecho, y un hecho en el que van implicados una serie de factores que necesariamente tienen que contribuir a que el mismo se realice. Prescindir de tales factores, o siquiera de algunos de ellos, es negarse a dar solución al problema.

El proletariado está dividido por principios, en algunos casos; por razones de táctica, en otros; por tradiciones raciales, en alguno, y también a causa de normas de conducta. Pretender fundir todo esto por arte de milagro en un solo conglomerado es sueño que la realidad destruye. Fusión no es lo mismo que unificación, y siendo esto último perfectamente viable, también exige condiciones sin las cuales la unificación sería ficticia y estéril.

La clase trabajadora puede y debe unificar su acción tomando como objetivo un hecho concreto, incluso el de su emancipación. Fijado el objetivo, los diversos elementos que se unen deben establecer las bases sobre las cuales se comprometen a operar en unidad de acción, con disciplina perfecta, con exclusión de todo particularismo o egoísmo de grupo, más bien con sacrificio de tales particularismos; con plena lealtad de conducta no sólo de los grupos unificados, sino de los individuos; con una total abnegación, hasta alcanzar el objetivo propuesto.

De nada serviría llenar el ámbito de gritos de unidad si previamente no se crean las condiciones mediante las cuales la clase trabajadora perciba por sí misma la sensación de seguridad de que la unidad de acción es anhelo hondamente sentido y se halla garantizada por la suma de todos los factores que hemos dejado enumerados.

Proclamamos como una cuestión de principio la unificación de la clase trabajadora. La propugnamos como una necesidad de todo tiempo, y más singularmente sentida en circunstancias como las que España atraviesa en estos momentos. Mas así como los grandes edificios se construyen piedra

¡RESISTIR! ¡RESISTIR! ¡RESISTIR ES VENCER!

a piedra y ladrillo a ladrillo, uniendo sólidamente cada pieza para asegurar su estabilidad y permanencia, debemos pensar que la unidad de acción de la clase trabajadora no es inteligente pretender llevarla a la realización arrojando a la vía pública montones de cascote informe que ningún artifice se consideraría capaz de clasificar, y menos de crear con él obra sólida.

Para hacer obra útil de unificación, al igual que en la construcción, hacen falta buenos materiales y buenos operarios, y en ambos casos, un buen plan constructivo, al que correspondan fielmente las actividades de los trabajadores.

E. DE FRANCISCO

El enemigo cuenta con medios de combate superiores a los que contaba en los primeros meses de la guerra, y aun en los días de noviembre, cuando se acercó a Madrid. Las fortificaciones, que tienen que resistir sus ataques, deben estar en relación con los elementos de guerra de que dispone el enemigo.

La orden de evacuación

—¿Quién ha llamado, Enrique?
—¡La policía, Fernando!
—Diles que pasen, mujer;
no será «pa» nada malo,
porque yo tengo la suerte
de ser un republicano
de los tiempos del gran Pi
y de Benot (Eduardo).
—Dicen que no «quien» pasar.
—Pero... ¿por qué estás llorando?
—Porque me han «dao» la noticia
peor del mundo, Fernando:
que en término de tres días
dejemos desalojado
el cuarto donde vivimos,
y que somos evacuados.
¡Si esto no es para llorar,
tú me lo dirás, Fernando!
—¡Tienes sobrada razón!
Después de sesenta años
entre estas cuatro paredes,
nuestro recinto sagrado,
donde hemos visto nacer
nuestros hijos, ya criados,
y que para orgullo nuestro
hoy se encuentran peleando
por defender la República...
Me parece demasiado.
Mas todo se arreglará;
continuemos luchando
por conquistar la victoria.
Y tú vete preparando,
y que no te vea llorar,
aunque agradezco tu llanto,
porque no es de cobardía,
sino de recuerdos gratos
que nos traen a la memoria
tiempos que alegres pasaron...
En esta casa, de chicos,
las horas hemos pasado
con los juegos infantiles,
y... ya más desarrollados
nos quisimos de verdad,
nos unimos sin casarnos
y criamos a los hijos
con gran amor y entusiasmo.
Y... no puedo continuar,
porque el tiempo va pasando
y las órdenes las cumple
todo aquel republicano
que, como tal, al Gobierno
tiene el deber de ayudarlo,
para terminar la guerra
y terminar con el fascio.
A buscar un nido nuevo
donde seguirnos amando,
que no se pierda el cariño
por trasladarse de barrio.

Vicente ARROYO

EJÉRCITO DEL PUEBLO

Contar las virtudes de éste, nacido en momentos de verdadera confusión, es tarea difícil para nuestras plumas hoscas, pues si las empuñamos es sólo por el deseo de exponer a la opinión más fácilmente nuestros pensamientos. Estamos acostumbrados, y nuestro deseo es volverlas a empuñar, a las herramientas de trabajo. Asegurar que este nuestro Ejército se ha forjado día tras día en el erizal de la gigantesca lucha que el pueblo sostiene por su independencia, es pueril. El calor humano de la retaguardia antifascista le da constantemente aliento. No cabe la menor duda que éste fué su origen y éste ha de ser su más firme sostén.

Sus jefes populares, distintos a aquellos que las Academias militares daban, ó, mejor dicho, fabricaban, la mayoría de las veces con el detritus de la sociedad capitalista, que dedicaba a estos menesteres los fracasados

HABLAN LOS HECHOS

LO QUE HA FRACASADO

Porque el Socialismo no pudo impedir la guerra provocada por los imperialistas y militaristas alemanes, los elementos burgueses de nuestro país, y muy particularmente los de la derecha, no se cansaron de decir que el Socialismo había fracasado.

La afirmación era completamente disparatada, porque ni el Socialismo padeció nada en su doctrina—antes se robusteció ésta—con la guerra antedicha, ni podía representar su fracaso el hecho de que no contara con fuerza bastante para evitar lucha tan fratricida. Lo que verdaderamente ha fracasado ha sido la religión, la diplomacia y otras instituciones burguesas que tienen por fin mantener la paz, pues por más que hicieron antes y después de la guerra para que ésta no estallase o no prosiguiera, nada adelantaron. El papa, que alzó su voz varias veces para que cesase la contienda, fué todas ellas desoído.

No hemos de negar que la guerra produjo en el campo socialista algunas desavenencias; pero de eso al fracaso hay una distancia inmensa. ¿Y por qué había de fracasar? ¿Es que la guerra demostraba que no había antagonismos sociales, ni, por lo tanto, lucha de clases, ni opresión y explotación de unos hombres por otros? ¿Es que la guerra ponía de relieve que no había asalariados ni asalariados y que todos vivían de su propio trabajo? ¿Es que probaba que era una falsedad que hubiera unos hombres ricos, muy ricos, y otros hombres pobres, muy pobres—éstos en inmenso número—, y que la riqueza de los primeros fuera la consecuencia de la pobreza de los segundos? ¿Es que la tremenda tragedia negaba rotundamente las desigualdades sociales y que a costa del hambre y de la vida de millones de seres crean estupendas fortunas unos cuantos miles de desalmados? No. Nada de eso ha demostrado la guerra, sino todo lo contrario, y, por lo mismo, lejos de conseguir que el Socialismo fracasase, lo que ha hecho es darle más vida.

Y esto se ve en lo que ha ocurrido por consecuencia de la guerra.

¿Qué ha pasado en Rusia? ¿Qué ha pasado en Alemania? ¿Qué ha acontecido en Austria, Bulgaria y otras naciones? Que no solamente los tronos han sido barridos, sino que en algunas de ellas se ha anulado a la clase explotadora, y en las otras se está a punto de hacerlo. ¿Ha fracasado ahí el Socialismo? ¿Han venido a menos las fuerzas revolucionarias? ¿Aparece el proletariado con menos pujanza que antes?

En Inglaterra, en Francia, en Bélgica, en Portugal y en otros pueblos no está aún, es cierto, el Poder en manos del proletariado; pero su fuerza y su influencia han aumentado considerablemente en estos últimos tiempos.

Y en nuestro país, ¿qué ha ocurrido? Pues lo mismo que en aquéllos.

Las fuerzas socialistas han elevado su cifra de una manera notable; las fuerzas societarias han acrecido en grado extraordinario.

¿Y qué acontece en la Unión General de Trabajadores? Más aún que en los organismos que acabamos de citar. A partir de su último Congreso, celebrado casi a la vez que el del Partido Socialista, no cesan de ingresar en ella nuevas Sociedades de oficio.

Y han aumentado también las Sociedades obreras que no siguen la misma táctica que la Unión General de Trabajadores.

Por otra parte, nunca como ahora han ganado terreno las ideas socialistas en el campo de los obreros intelectuales. No son pocos ya los que han venido a las filas en que se pelea por la emancipación de la Humanidad, y son bastantes los que se disponen a hacer lo mismo.

¿Y lo ocurrido con los obreros y funcionarios modestos del Estado? A estas horas son muy pocos los que no han recurrido a la Asociación.

A demás, si el Socialismo hubiese fracasado; si el proletariado—del que el Socialismo es la vanguardia—hubiera venido a menos, ¿qué explicación tendrían las inquietudes y zozobras que se han apoderado del ánimo de las gentes privilegiadas? ¿Dirían muchos de los voceros de estas gentes que ante los sucesos ocurridos en el mundo es indispensable seguir nuevos rumbos? ¿Harían los gobernantes concesiones que antes tardaban años y años en conseguirse? Seguramente que no.

Luego no ha fracasado el Socialismo; luego el proletariado militante es hoy más poderoso que nunca; luego quienes tienen motivo para sentir pavor no son los explotados, no son los que luchan por que todos los hombres se rediman económicamente, sino los explotadores, los que quisieran que se perpetuase el régimen de desigualdad social en que vivimos hoy.

Y si esto demuestran los hechos acaecidos hasta ahora, los que tendrán efecto en lo sucesivo demostrarán más: demostrarán que estamos muy próximos al instante en que la clase patronal o capitalista, por innecesaria y perjudicial, desaparecerá, haciendo posible un régimen de solidaridad, de bienestar y de justicia, beneficioso a todos los seres humanos.

Pablo IGLESIAS

(Publicado con motivo de la Gran Guerra, en aquella fecha.)

de otras Academias, son muy otros. Estos conocen a sus hombres y ello les obliga a cuidarlos y, si cabe, mirarlos para conducirlos a la victoria. En ello va su prestigio, que no puede ni debe crear el favor como en los profesionales del militarismo a la antigua usanza. Son, tanto jefes como soldados, hijos de la necesidad creada primero por la sublevación y después por la invasión extranjera de nuestro suelo, y como tal se comportan.

Las palabras «valor», «moral» y «disciplina» no las puede jamás olvidar un soldado de nuestro ejército, que sabe, pues es lo primero que se cuidó el mando de enseñar, por qué y para qué lucha. No es aquel recluta, la mayoría de las veces arrancado a la fuerza de su hogar, a quien su analfabetismo, cuidadosamente preparado por los detentadores del Poder, hacía un instrumento ciego de los mandos, hijos siempre de los privilegiados de la fortuna.

Nuestro Ejército, a pesar de su juventud, está a la altura que el futuro exige. Uno de los primeros cuidados de sus mandos es procurar la cultura de sus componentes. ¿Qué Brigada no cuenta con su escuela primaria y su respectivo Hogar del Combatiente? Ninguna. Está reconocido por todos el axioma de que sin cultura, aunque ésta sea rudimentaria, el fusil no da el rendimiento necesario. Y a esto se dedica parte muy interesante del Comisariado, al que en gran escala se debe la formación del Ejército popular de nuestro pueblo.

Que éste es y debe ser político lo afirma su nacimiento. El Ejército es en todos los regímenes el fiel intérprete de las ideas del que le engendra, y no se puede dudar que al nuestro lo engendró la defensa de la libertad de nuestro pueblo, amenazado por las hordas fascistas.

El ejército que canalescamente se sublevó el 18 de julio de 1936 fué origen de aquel régimen que se cuidó muy mucho de cultivar el analfabetismo, y a su depravada política estaba adscrito. El nuestro, al contrario, es hijo de la política de clase; pero al revés que aquél, de la que produce, de la que todo lo construye, de la política que tiende a abolir los privilegios, y a ella tiene que estar adscrito.

Nuestra lucha, no cabe olvidarlo, es eminentemente política. Luchamos por una transformación de la sociedad; lucha a la que la codicia de nuestros cegados expoliadores nos condujo, y como éste fué el origen de nuestro joven Ejército, por fuerza ha de ser político; pero sin confusión: es el arma de defensa de la República y no está adscrito a ningún partido determinado. Se debe a todos, y esto tiene que ser por obligación al Frente popular, integrado por todas las fracciones políticas encuadradas en él.

Persigue, a la par que nuestra independencia, amenazada por ejércitos extranjeros, una mejor distribución de lo que el trabajador produce, y esto, si no está instruido políticamente, es difícil de llevar a cabo.

Así, pues, a la vez que ensalzamos sus méritos como fuerza combativa, afirmamos que es político, pero de todos, sin excepción. No es, no debe ser de un partido determinado, sino del Frente popular, que para la defensa del pueblo lo creó. Es el ejército popular que jamás podrá traicionar su principio, al que está vinculada su existencia.

Antonio ALBA

¡Comisarios, al margen del sectarismo!

El ministro de la Guerra, aquel ministro de la Guerra que formaba parte del primer Gobierno que se llamó de la «victoria», y que a pesar del tiempo transcurrido seguirá llamándose de ésta; el que al mismo tiempo era presidente del Gobierno, Francisco Largo Caballero, creó un Cuerpo llamado Comisarios de Guerra. Al crear este Cuerpo seguramente fué porque le surgió la idea de que los Batallones necesitaban de una persona que no se dedicara nada más que a atender las necesidades de los componentes de éstos para preocuparse de su cultura, que les hiciera comprender por medio de charlas, de conferencias, la clase de guerra que se desarrollaba en nuestro suelo, por qué se luchaba.

Se ha hecho la afirmación, y así debe ser, de que nuestro Ejército es del Frente popular, y al ser del Frente popular se deben olvidar diferencias ideológicas; todos unos, en acciones, en hechos, en modo de pensar, cuando, como en la actualidad, se encuentran los soldados del Ejército popular cara al enemigo, y con esta unión en las trincheras se está demostrando que la fuerza se multiplica; pero para que esto se complete es necesario que los Comisarios hagan lo mismo, o sea, que se den cuenta para qué han sido nombrados, pues, como es natural, estos comisarios han tenido que ser propuestos previamente por partidos políticos u organizaciones sindicales. Pero deben pensar que, desde luego, sin salirse de las normas marcadas por el partido u organización a que pertenezcan, dentro de los Batallones no se debe hacer política de partido. Si a los combatientes se les pide unidad, los comisarios también deben tenerla con ellos.

No se debe olvidar que entre éstos hay muchachos socialistas, comunistas, sindicales, sin partido, y que aunque las dos primeras ideologías se diferencian muy poco, existe alguna. En la vista del comisario está no herir susceptibilidades, y para conseguir este fin no se debe hacer por nadie, como anteriormente se indica, política de partido.

El comisario debe preocuparse de que las fortificaciones estén bien hechas. Sabido es que una fortificación bien efectuada es un complemento grande en un combate. Que al combatiente no le falte lo más elemental. Preocuparse de su educación; hacerle comprender que la higiene es uno de los factores principales para la salud, pues de lo contrario se contraen enfermedades que originan tanto daño como el propio enemigo. Debe mantener una estrecha unión entre el soldado y los mandos, siempre más al lado de aquél que de éstos. Cuando se dé la orden de avance, avanzar el primero, pues su ejemplo servirá para

que los demás le sigan. Debe ser el guía del Batallón.

Al mantener esta estrecha unión con el soldado no tiene más remedio que aperebirse de la inteligencia de éste, y cuando haya necesidad de implantar mandos, debe ser también él, con el examen que previamente haya hecho del soldado, el que proponga para ocupar esos puestos. Yo entiendo que los mandos deben salir de los mismos Batallones; pero ya digo anteriormente que sin mirar ideologías de nadie. A esos puestos se deben llevar personas que por su existencia en campaña y por su talento y voluntad se hayan hecho acreedoras a ellos. No importan ideologías, tengan las que tengan y llámense como se llamen.

Un mando siempre será mejor obedecido si cuenta con la simpatía del soldado; pero cuando ésta no existe, cuando hay animosidad de éstos contra aquéllos, cuando hay querrela precisamente por eso, porque se da cuenta el soldado de que se elevó a esos puestos a personas no aptas, pero que sí pertenecen a un partido político; en fin, cuando hay un malestar, entonces puede llegar un momento en que el mando no sea obedecido, y de

eso, caso de ocurrir, no sería el menos culpable el comisario. Este debe pensar que en la actualidad no se hace guerra de partido; que a la guerra que empezó con la sublevación fascista ha seguido la de independencia; por tanto, a ella hay que atenerse. Tiempo vendrá en que quien tenga la fuerza la demuestre; pero ahora, no. A un enemigo común, una acción común, y ésta solamente se consigue con una unidad sincera por parte de todos, sin egoísmos, sin aprovechar las circunstancias para hacer labor de captación por ningún partido. Los mandos deben cumplir la obligación que la guerra les impone, sin pensar en otra cosa que no sea ésta. Los comisarios, a cumplir también con la suya, y el soldado, con la ilusión que le acompaña, a seguir cumpliendo con su deber como hasta ahora lo ha hecho. A luchar todos unidos, puesto que nuestras ideas y por lo que luchamos son cosas afines, y de esta manera, con tal unión entre soldados, comisarios y mandos, veremos muy pronto nuestra tierra libre de invasores.

L. U.

HABLAR POCO Y HACER MAS

Camaradas albañiles: De un poco tiempo a esta parte se viene hablando en todos los sitios, y muy particularmente en un sector de la prensa obrera, aconsejando que se cumpla el mandato del Gobierno relacionado con una mayor producción de guerra y el acatamiento a todas las órdenes emanadas del mismo.

No sé si es que yo no entiendo lo que se está realizando o es que soy tan torpe que llego a pensar que se está realizando todo lo contrario. No me explico que haya trabajadores que sientan y vivan la lucha que existe de cerca y se estén dedicando a entretener a los que están de lleno en los trabajos de guerra en la retaguardia, realizando una labor de agitación constante y aconsejando el mayor rendimiento posible en la producción y la preparación militar. Quien se dedica a una labor tan espectacular como la que realizan los sacamuelas en las plazas públicas no conoce ni de cerca ni de lejos a la clase trabajadora, pues si no, no perdería el tiempo en estas teatralerías, y mucho menos a nuestro oficio. También se puede afirmar que está el 80 por 100 en el puesto que le corresponde, sin necesidad de la agitación constante.

Considero que quien realiza la campaña de agitación debiera darse cuenta de que esta lucha no es de partido, y que la clase obrera no sirve de comparsa a nadie. Ya tiene forjado el concepto de la lucha que se está desarrollando, y por encima de todo está en el cumplimiento de su deber. No todos los que andan discutiendo podrán decir lo mismo, creo que en la retaguardia. El mejor tema es hablar poco y hacer mucho, pues con tanta palabrería se pierde mucho tiempo; por lo que deben desistirse de esto, aplicándole a contribuir a la

producción de guerra, y de esta manera los camaradas que se encuentran en el frente verán que se les ayuda en su sacrificio. Entonces será cuando los que estamos en la retaguardia podremos decir que hemos cumplido con nuestro deber.

Precisamente por saber la clase trabajadora la forma de lucha que se desarrolla en nuestro país, no necesita que todos los días se celebren reuniones hablandosele de levantamiento del espíritu. Lo que necesita es capacitación en los respectivos oficios para tener los conocimientos necesarios para salir airoso de los trabajos que, el porvenir nos tiene destinados. Yo no comprendo jamás, por muy graves que sean los momentos, que con un discurso en la plaza pública o en el taller se le inyecte a uno una dosis de valor, y para esta labor y todas las que afectan a los trabajadores están las sindicales, adonde se pueden llevar todas las ideas, y estudiadas éstas, marcar el cumplimiento a sus afiliados. Esto en el terreno sindical; en el político, cada afiliado, a su partido, y de todo lo concerniente a la guerra, nadie más que el Gobierno, por ser la autoridad máxima del pueblo y al que debemos el acatamiento absoluto de sus órdenes. Y si hay todavía elementos en la retaguardia agentes provocadores, dar cuenta donde haya que darla, y haciendo esto es como se cumple, a juicio mío, en la retaguardia, sin alharacas, sin abandonar el trabajo e imitando el sacrificio de los camaradas que están en el frente. Nada más que realizando esta labor tenaz y constante cumplimos con nuestro deber como trabajadores conscientes de la lucha que tenemos entablada contra el fascismo invasor.

Julián MATEY

Nuestra actividad y nuestro esfuerzo

El hecho de que nuestra Sociedad, sin pancartas ni estridencias, no en consonancia con los momentos que atraviesa nuestro pueblo, pueda demostrar que está entregada por completo a la guerra, no quita para que también procure el mejor rendimiento de sus afiliados al final de ella.

La sublevación puso de manifiesto la necesidad, sobre todo en nuestra industria, de la preparación de compañeros con capacidad para su normal desenvolvimiento, y ello obligó a la Junta directiva a abordar este problema, sin abandonar ni por un solo momento la guerra, pues sin que se gane, como indudablemente lo será, todos los problemas son baldíos.

Consecuentes con esta necesidad de la postguerra, se creó la Escuela de Capacitación profesional. Grandes dificultades hubo que vencer. No conviene olvidar que el 80 por 100 de nuestros asociados se hallan encuadrados en unidades militares, y, por tanto, ausentes de Madrid, y que a éstos precisamente debía tender nuestro deseo, pues son, en realidad, los que más lo precisan.

Las clases tuvieron su iniciación el día 14 de marzo, con la colaboración de camaradas cuyos nombres y días de clase se dieron a conocer oportunamente, y de su éxito se puede juzgar por los que, aun a pesar de la preocupación que la contienda, a la que están entregados, les produce, en número que pasa de los dos centenares se inscribieron a esta Escuela.

La inmensa mayoría recibe sus lecciones por correo u otro medio, y se les compromete a que también por los mismos procedimientos dirijan a los profesores tantas preguntas como consideren convenientes para el esclarecimiento de sus lecciones. Y como los concurrentes a éstas son escasos, debido a que nuestra retaguardia es muy reducida, son lo más amplias y claras que a los camaradas profesores les es posible dar.

El futuro, seguros como estamos de que nos pertenece, como veis, preocupa a la dirección de nuestra Sociedad, que, según al principio del movimiento solamente le interesó facilitar combatientes, procura para cuando esto finalice que sus asociados se encuentren en condiciones de hacer frente a las circunstancias naturales, que trae consigo toda guerra como la que nuestro pueblo está sufriendo.

Así cumple nuestra organización, sin teatralerías: primero entregando, como lo están, todos sus efectivos a la guerra; sin perder de vista el futuro, para el que dedica todos sus esfuerzos, preparando a aquellos que no dudaron en dar su sangre en pro de una sociedad más justa, en la que tenga acceso a todas las aulas quien para ello reúna condiciones.

Que nuestros afiliados sigan con el interés debido este cursillo es lo que desea la Junta directiva.

El secretario,
Antonio ALBA

VISADO POR LA CENSURA

MEDITEMOS

En este Primero de Mayo, un tanto más heroico que los anteriores, es necesario que todos y cada uno, aun cuando no es la fecha señalada para efectuar balances, según la tradición, que lo aguarda hasta fin de año, nos le hagamos a sí propios, desde el que con el esfuerzo de sus músculos trabaja en la retaguardia, hasta el que transmite al papel su pensamiento, pasando por el que,

considera como arma defensiva la tribuna para discursar desde ella

Mediten y piensen los que ante una nota del Gobierno, favorable o adversa, ya que éste juega limpio para conseguir la victoria y nunca engaña al pueblo, si es conveniente y útil, aun para ellos mismos, usar y abusar de la tribuna para la propaganda particular o de partido en los momentos presentes.

Creo que los que de tal forma proceden están completamente equivocados, toda vez que lo que al Gobierno le sobran son propagandistas, si de ellos estimase oportuno servirse, pues lo demás son deseos de exhibición o ganas de cimentar sin solidez pedestales fáciles de derrumbarse por sí solos.

No es conveniente engañarnos. El pueblo en masa desprecia toda propaganda, todo comentario, toda gestión o todo acto que no tenga un carácter de unidad, y nadie, absolutamente nadie tiene derecho a torcer o desalentar a la opinión con sus consejos o críticas tribunicias. Si de antemano olvida que tiene un deber ineludible que cumplir, cual es el de la demostración de los hechos y el respeto mutuo a todo camarada, por muy discrepante que sea. El miedo y la pedantería son hermanos gemelos, como la poesía y la música, con la diferencia de que aquéllos arrastran al hombre al precipicio del descrédito en su carrera política o sindical, mientras éstas le hacen más sano, más justo y más sensato.

Juventud que despierta, juventud que por ser tal duerme y sueña con castillitos de naipes, y al despertar quiere ponerlos en ejecución, sin estudio, sin práctica, sin experiencia y sin reflexión, es juventud a la que no se le puede exigir responsabilidad en este momento histórico; pero sí a sus guías, que desde la retaguardia encauzan este inmenso tesoro, cual es nuestra juventud, por derroteros distintos a los que en estos momentos es a todos obligado encauzar.

No es en nada conveniente el griterío de los mudos de ayer en nuestra retaguardia. Griten, pues, o hagan gritar frente al enemigo a nuestros cañones, a nuestros fusiles, a nuestras armas de defensa los que en la retaguardia aún siguen cultivando el proselitismo y quieren en poco tiempo convertir un arbusto en árbol corpulento, sin fijarse en que muchas de

sus hojas pueden ser de muy mala sombra...

Hagan gritar las juventudes femeninas en los lugares de trabajo a aquellas máquinas que se les confían para la intensa y perfecta producción, y no las abandonen por voluntad propia ni por coacción de nadie para oír o tomar parte en «asambleas de masas», mítines relámpago o reparto, algunas veces, de papeletes en la vía pública, con más aparato, si cabe, que en unas reñidas elecciones, y que no contienen ninguna esencia de provecho para la causa.

Ya llegarán los días felices de la expansión, de la alegría, de la abundancia de banderas, transparentes y carteles alusivos; pero hoy, no, porque ello constituye,

al menos un engaño manifiesto al sufrido pueblo, que espera el momento de su liberación para conseguirla con seriedad, respeto, disciplina y nada de farfúnga.

¡Meditemos, meditemos, que es el mejor camino!

Manuel PARAZUELOS

ANTENA SINDICAL

Cuando un hombre se entrega por entero a la organización obrera y campesina sin otro propósito que el de estudiar sus problemas, llega a establecer una tupida red de relaciones que le permiten conocer al día la situación del campo, de la ciudad y de los frentes. A veces esta correspondencia nos trae noticias e informes agradables; en otras ocasiones, adversas; pero depende de la emoción y tacto del que las percibe para co-ordinar su trabajo de forma que en todo momento se sienta en el campo, en la ciudad y en el frente la emoción orientadora y disciplinada de la organización.

Si os escribe un campesino, un obrero o un soldado — me dirijo a los compañeros de organización —, contestadle siempre, procurando que la contestación no sea una carta lacónica y simple en la que se responda a una pregunta concreta. Nuestra correspondencia — la del Sindicato al federado — ha de ser, en estas circunstancias, el mensaje orientador que anime y afirme en los que combaten y trabajan la convicción de que nuestra victoria — la de la España antifascista — depende de la pasión que pongamos al empuñar el fusil, el torno, el pico o la mancuerna del arado. Que mañana, con la victoria o la derrota, no pueda morder en ningún pecho proletario el remordimiento al pensar que pudo contribuir con su corbata o pereza a malograr la ejecución de una idea que pudiera ayudar a labrar la victoria de nuestro pueblo.

La guerra de invasión que sufrimos, con su terrible poder devastador, se ha llevado lo mejor de las organizaciones obreras a los frentes. Directivos y federados se alistaron a millares en las heroicas Milicias de los primeros tiempos. Ganaron y perdieron batallas. Su conducta enorgullece a la clase obrera que representan; pero su espontánea generosidad ha sido aprovechada por elementos que desconocen no las normas estatutarias de la organización, que eso se aprende como la canción de un disco que se oye varias veces, sino los resortes morales que unen a todos los que sufrieron por mantenerla frente a las asechanzas de los explotadores. Por eso, sin coartar para nada el ímpetu creador y revolucionario de la clase productora organizada en la Unión General de Trabajadores, nunca desapareció de su seno la familiaridad, recogiendo, con el ejemplo diario, la magnitud, el poder educador de la organización socialista. Nos acechaban peligros entonces, y en la cara de los que luchaban se leía la compenetración espiritual que fundiéndolos en el mismo dolor los preparaba para resistir, hasta triunfar, en la adversidad.

Ha de volver, tiene que volver necesariamente esa norma de trabajo a nuestros medios sindicales, sin obedecer a otros intereses que al de nuestra emancipación como clase y a nuestra más absoluta independencia política y económica como nación. Hoy no es la guardia civil ni el amo de la tierra ni de las fábricas españolas el que quiere someternos a la esclavitud. Es el capitalismo mundial el que lucha contra nuestro pueblo y su independencia. Es el capitalismo, en su expresión más bárbara: el fascismo, el que va segando por toda Europa los brotes de progreso social que nacen en los pueblos libres. Por eso es hoy más necesario que nunca mostrar a ese enemigo de la civilización el bloque solidario de los que trabajan y luchan. La prueba — dura prueba — le toca hoy al proletariado español. Que los destellos de nuestra guerra despierten la sensibilidad de todos los productores del mundo es lo que deseamos.

Esa orientación a que nos referimos no puede salir más que de una fuente: del Socialismo clásico español — también los socialistas españoles tenemos nuestra escuela —, representado por el símbolo de los trabajadores socialistas, Pablo Iglesias, cuya conducta y figura se pretende ocultar a los trabajadores de países amigos. Un cruce de correspondencias entre todos los que sienten el ideal socialista puede ser una norma que restablezca un principio ético que no bastan a sostener los órganos periodísticos que lo representan. Hay que ayudarles en su empresa, en la realización de esta obra grandiosa. No importa que los vaciantes hayan arriado la bandera socialista para empuñar otra del mismo color. Son los mismos que no supieron resistir, como hoy, la coacción o el halago. Los pocos que seamos hemos de poner en funciones toda nuestra capacidad de trabajo para que la organización obrera deje de ser lo que está siendo, desde hace poco tiempo: la caja registradora del activo y pasivo de una tendencia o partido determinado, sin más finalidad práctica que la de un recuento de adhesiones írias que a medida que aumenta en número, registra — y nosotros lo hacemos con dolor — derrotas en la organización del trabajo que les está confiada. Hay que volver, poniendo en el empeño toda la pasión ideal que necesita, a la realización de una obra que aspira a hacer de la unidad proletaria no un ente que sume números de afiliados, sino la fragua donde se fundan las voluntades obreras dispuestas a morir antes que dejar triunfar a los invasores.

L. ROMERO SOLANO

EL ÚNICO CAMINO

Todavía sigue siendo punto de discusión la intensificación del trabajo en la guerra. surge por todas partes la consigna urgente y tenaz: «¡Todo para la guerra!»

La Historia enaltece la potencialidad de los pueblos. Cada pueblo, en su período culminante, resolvió sus graves problemas y lanzó hacia adelante el curso de la civilización. El pueblo siempre está a su altura, como lo estuvo el español el 19 de julio. Espontáneamente, con el instinto propio de su sentimiento revolucionario, paró en seco la sublevación reaccionaria de las fuerzas oligárquicas. Solidariamente se empuñaron las armas, sin abandonar la producción. A la vez que la depuración ciudadana, se constituía el orden revolucionario. El pueblo español no esperó la reunión de las potencias europeas para fijar su posición en la guerra. Mientras se constituía el Comité de no intervención, las fuerzas obreras, contenido mayoritario en el Ejército y en la producción, combatían heroicamente. ¿Qué habían de esperar? Nada. Como nada esperaron ni recibieron de otros países las tropas de Cromwell, ni los revolucionarios franceses del 93, ni los secesionistas de Norteamérica, ni los comuneros de París, ni los bolcheviques de Rusia... Todo nuestro porvenir radica en nosotros mismos. Cuando trazamos la perspectiva de Inglaterra en el mismo año 1936 hubo espíritus grotescos que se burlaron de nuestros comentarios. Hoy muerden el polvo de su ceguera y ¿Novedad? Ninguna. El juego internacional es el tradicional juego de las clases. El fascismo sólo es amenaza cuando amenaza intereses. Mientras tanto, para los capitalismos «democráticos» es un capitalismo más.

La guerra civil española, con todos sus complementos extraños, es una guerra nuestra, con tendencias expansionistas a otros países. Con idénticas tendencias a las habidas en 1914. Sólo tiene de novedad la modificación histórica — economía, política, etc. — de aquella época a la presente. El centro de operaciones es España, y en España debemos resolver. ¿Cómo? Luchando como en los primeros días. Esto es, dando a nuestra lucha el contenido de clase de las primeras jornadas mediante la liquidación de la «normalidad militar de una guerra regular». Nuestra guerra significa algo más que una guerra de independencia. Es una guerra de clases perfeccionada, por parte del enemigo, con todos sus adelantos modernos de la mecánica, la retórica y la economía. Es una guerra de dominación contra el proletariado. Es el vértice de una civilización reaccionaria que lucha ante la vida o la muerte.

Si el destino en juego es el del proletariado, es indudable que éste debe combatir en primera fila. Lo substancial no es que combata, sino que le dejen combatir, porque todas las llamadas angustiosas a la clase trabajadora se realizan en los momentos más difíciles. Hoy como ayer, en la guerra como en la urna. Si la clase trabajadora es incapaz, ¿por qué se la llama? Se la llama precisamente por su capacidad. Capacidad de producción y de organización.

Separemos la retórica barata y valoremos el espíritu creador del proletariado. Si en él se tiene fe, deseale la dirección de su arte. Artesanos ca-

Debemos tener el ojo muy alerta. Vigilar, y vigilar sin descanso. Hay que saber cómo viven, qué hacen durante todas las horas del día y de la noche algunos de los que pertenecen al Ejército, los que trabajan en los organismos militares, en las fábricas de guerra, en todo lo que se relacione con el Ejército. Y en cuanto se descubra a un agente fascista, a un enemigo emboscado, hay que aplastarlo sin piedad

paces de distintas profesiones deben figurar al frente del trabajo de guerra, en conjunción con el Estado. Todo es un problema de organización, pero con tónica propia de la lucha que vivimos. Crear y organizar. Sólo la clase obrera es el nervio central de ambos factores. Organizar las fábricas y los medios de comunicación. Organizar los transportes y las fortificaciones. Organizar, simple-

mente. Pero organizar a pesar de las mallas burocráticas, donde el papel sabotea, retarda y derrota.

¡Sindicatos, en pie de guerra! Justo. Pero no como masa muerta, sino como espíritu vivo. Que la fuerza motriz de la organización sindical tenga facultades para la creación, con el fin de obtener un rendimiento directo, rápido y eficaz. El poder creador del pueblo llega a límites insos-

pechados cuando se le comprende, se le guía y se le valoriza, incluso llevándole a la dirección de las más altas empresas. De otra manera no se le estima. Y cuando a un pueblo se le menosprecia, el hundimiento es seguro y fatal. A menos que el pueblo, en momentos decisivos, sea juez y rector de su destino.

Carlos HERNANDEZ

¡UNIDAD, arma poderosa de victoria!

El pacto entre la U. G. T. y la C. N. T. culmina en la incorporación de ambas sindicales al FRENTE POPULAR

¡VIVA LA UNIDAD DEL PUEBLO ESPAÑOL!

En el boletín anterior señalábamos con alegría justificada la gran victoria alcanzada por el proletariado español al llegar a realizarse el pacto

de acción conjunta entre la Unión General de Trabajadores y la Confederación Nacional del Trabajo, y esperábamos que esta acción común

imprimiera a la lucha contra el fascismo un ritmo acelerado, impetuoso, en las actividades de la guerra, que nos llevara a desembocar rápida-

mente en el sendero de la victoria final sobre el fascismo.

Y en ello estamos. No debe pasar desapercibido para los combatientes de la República el impulso arrollador que en estos momentos ofrece a la guerra y a sus necesidades el pacto entre la Unión General de Trabajadores y la Confederación Nacional del Trabajo, que levanta sobre la tierra de Cataluña y en toda la España leal a millares de sus militantes, de trabajadores antifascistas que construyen a toda marcha la muralla infranqueable que detenga la ofensiva de los invasores extranjeros.

No se nos escapan de la memoria las ventajas que nos reporta este pacto en lo que respecta a nuestras fábricas de guerra, que de una manera rápida hace que la producción de material bélico surja en aumento considerable y nos sirva para contrarrestar rápida y eficazmente la superioridad de armamento que viene también empleando el enemigo.

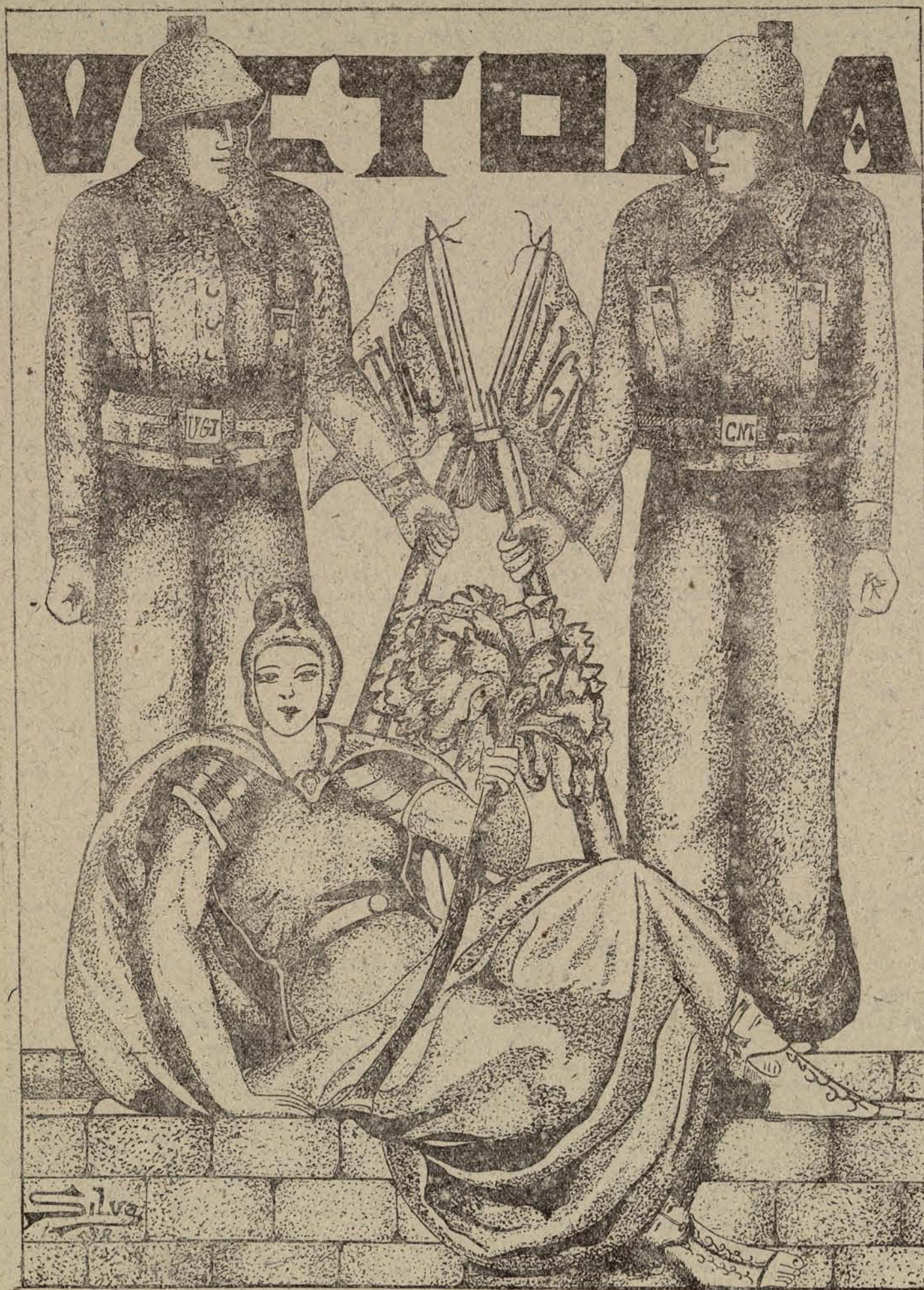
Si en nuestro número anterior comentábamos entusiasmados el gesto de las Juventudes Socialistas Unificadas en su aportación de las dos Divisiones de jóvenes voluntarios a las filas del Ejército, ahora tenemos que señalar con igual entusiasmo la movilización que llevan a cabo las organizaciones antifascistas con sus mejores militantes para fortalecer el Ejército de la República y crear las condiciones de la resistencia de hoy, que nos dará mañana la victoria. Cien mil voluntarios son llamados a encuadrarse en las filas de nuestro heroico Ejército, y cincuenta mil trabajadores, a la fortificación, a la construcción de refugios, trincheras, etcétera, que hagan de nuestras posiciones muralla infranqueable donde se estrellen los ejércitos invasores y pongan a nuestras poblaciones civiles a cubierto de las bestialidades y de los crímenes del fascismo.

Y por si todo esto fuera poco, tenemos también en estos últimos días que destacar otro hecho formidable de unidad: la incorporación al Frente popular de las dos centrales sindicales Unión General de Trabajadores y Confederación Nacional del Trabajo, y de la Federación Anarquista Ibérica, también, con el texto aprobado en la reunión del Comité nacional del Frente popular español.

Esta es la última gran victoria obtenida en nuestra retaguardia. Una gran victoria de unidad de todo el pueblo antifascista, ante la que tiemblan ya los traidores e invasores.

El Frente popular español es hoy, pues, más fuerte que ayer. Es el arma poderosa de la victoria. Y a medida que el enemigo recrudece sus ataques a nuestras posiciones, la unidad del pueblo español va siendo más férrea.

¡Adelante con la unidad! ¡Hoy más unidad que ayer! ¡Siempre más unidad! Y junto a la unidad de acción de las centrales sindicales y de los partidos republicanos, la creación inmediata del Partido Unico del Pro-



letariado será el fortalecimiento máximo del Gobierno del Frente popular, asentado sobre el bloque de granito de todas las organizaciones y partidos antifascistas, que nos llevará con paso firme por el camino de la reconquista total de nuestro suelo querido de España y del aniquilamiento del invasor extranjero.

Adolfo BIENABE ARTIA

(De «La Trinchera», órgano de la 40.^a Brigada mixta.)

NUESTRAS VISITAS

En cumplimiento del deber que nos hemos impuesto, desde el comienzo de la guerra, de visitar a los camaradas de los frentes allí donde nos es factible el desplazamiento, le correspondió en turno esta vez al 2.^o Batallón de fortificaciones.

Una vez en el lugar donde éste tiene su radio de acción — acción y ejecución dignas de todo elogio por la belleza y el arte en los trabajos realizados —, trepamos veloces a abrazar a los primeros camaradas que a lo lejos divisamos, porque éstos sí que son nuestros hermanos.

—¡Hombre, los albañiles! ¡Los de la visita puntual y frecuente! — exclama lleno de júbilo un camarada, todo alegría, salud, fortaleza...

—Sí, querido compañero — le decimos —. ¡Los albañiles! Los tuyos. Los de todos vosotros. Los que, en representación de los que todo lo dais gustosos para ganar la guerra, os vienen a visitar y a compartir a vuestro lado unas horas, sin restar a vuestra labor un segundo, pero siempre a vuestro lado.

Tomen nota los ejércitos invasores de la moral y disciplina de nuestros combatientes.

Este compañero a quien nos referimos llegó a nosotros empuñando y enarbolando la paleta que antes usara a la altura de siete pisos, satisfecho y orgulloso de usarla ahora en las entrañas de la tierra en beneficio de la causa. No hay descenso de categoría. No hay merma en la dignidad profesional, toda vez que el minador también es un héroe y un artista.

—¡Salud, camaradas! — nos dice —. Voy a lo mío, que en ello van la tranquilidad y el bienestar de todos los nuestros; pero, por lo que más queráis, no me dejéis sin prensa, sin nuestra prensa, sin ese pequeño órgano mensual, pero grande en su fondo, porque me daréis un gran disgusto.

Y torna con un brazado de ejemplares a su tajo, trepando más veloz, si cabe, que cuando corrió a abrazarnos, porque si perdió cuatro segundos en saludarnos, piensa redoblar su esfuerzo.

—Aquí toleramos los destajos — le decimos, y se ríe. Se ríe. Nos saluda, y ya no quiere conocernos hasta la despedida. Se puso a trabajar.

* * *

Breves pasos. A nuestro lado, el excelente compañero comisario de la 2.^a Compañía.

—Esperaba vuestra llegada. Soy un brujo — nos dice —, pues sé que, además del saludo, queréis recoger impresiones del arte, la ciencia y la sabiduría del personal que lleva a cabo estos maravillosos trabajos de fortificación.

—Pero tú tienes tu parte en el éxito — le respondemos.

Y con la nobleza que le caracteriza nos dice, algo molesto por su modestia:

—No, queridos. Ciertamente es que yo tengo mi parte; pero no la que vosotros queréis adjudicarme. Aquí todos somos iguales, y, por tanto, a todos nos corresponde la parte igual en

el éxito de los 18.000 metros de trincheras, nidos de ametralladoras y alambradas, contruidos en poco más de diez días. ¿Qué os parece?

—¡Asombroso! — le respondemos todo maravillados, sin dejar de caminar a su lado jadeantes, fatigados y con dos cuartas de lengua en algunos momentos.

—Para vosotros ya es tarde — nos advierte —, y debéis regresar a vuestro punto de partida.

Nos acompaña. Nos despedimos. Y al pasar de regreso junto al compañero que enarbolaba la paleta, vemos que la eleva nuevamente, y en ella leemos: «En paz o en guerra, EL TRABAJO.»

LA JUNTA DIRECTIVA

LA VOZ DE LOS FRENTES

Con la fuerza de la razón seremos invencibles

A esta inmensa labor estamos dedicados todos; pero cada día lo hemos de estar con más empeño y decisión.

Si fuerte era nuestra convicción de vencer a los que se levantaron en armas contra el pueblo, contra la República y sus libertades, sobre el ardor de nuestras convicciones de democracia, se acumula ahora nuestra decisión de defender nuestra independencia de españoles, y para esto, que no lo dude nadie, contamos con un Ejército nacido, sostenido y dirigido por el pueblo, en el cual cada soldado es un fervoroso defensor de la idea sagrada de su libertad, iluminado ahora con el nimbo de defensor de su patria.

A nuestros enemigos les podrán sobrar armas, prestadas por Hitler, Mussolini y Salazar, a cambio de su traición como españoles; pero les faltará siempre lo que es más fuerte que nada: la razón de luchar por su independencia y sus libertades.

Ante este espectáculo, compañeros, los que defendemos nuestra tierra a fuerza de coraje y sangre hemos de continuar decididos a que no nos arrebatan ni un solo palmo de nuestro territorio, no fijándonos en el cúmulo de sacrificios que esta ilusión nos pueda costar, hasta conseguir hacernos dignos descendientes de nuestros antepasados, los héroes de 1908, que aplastaron en



nuestra España a los hasta entonces invictos forjados de Napoleón.

De esta forma España recobrará su prestigio ante el mundo, haciendo valer su opinión de país libre, y después del triunfo, aseguradas nuestras reivindicaciones, disfrutaremos de todo lo que nos pertenece; honraremos a nuestros involi-

sanatorios y casas de reposo existentes en todo el territorio de la U. R. S. S.

Artículo 120. — Asegura el derecho al disfrute de pensión en los casos de enfermedad, pérdida de capacidad de trabajo y vejez, al contrario de lo que en los países burgueses acontece, que cuando los que todo lo dan a beneficio de la Humanidad se encuentran imposibilitados por cualquiera de estas causas, se ven abandonados.

Artículo 121. — Los ciudadanos de la U. R. S. S. tienen derecho a la instrucción, al revés de lo que estamos acostumbrados en nuestros países, donde era exclusiva de los privilegiados. La enseñanza primaria es obligatoria y gratuita, así como el establecimiento de liceos para los que reúnan más amplias aptitudes para el estudio, tanto en la técnica como agronómica.

Artículo 122. — La mujer tiene en este país iguales derechos que el hombre en todos los dominios de la vida económica, pública, social, cultural y política, así como en el trabajo y salario; añadiéndole la concesión de permisos de embarazos y maternidad, con disfrute de su total salario.

Artículo 123. — La igualdad de derechos de los ciudadanos de la U. R. S. S., sin distinción de nacionalidad ni de raza, en todos los dominios de la vida, es una ley inmutable, y se sanciona inextinguiblemente todo lo que tienda a la merma de estos derechos. ¡Cuán grande diferencia se aprecia entre este proceder y el que nuestros gobernantes seguían! Para el mundo capitalista no tienen sanción estos atentados, sino, al contrario, premian a aquellos regidores que más se distinguen en la privación de los escasos derechos de que nuestras Constituciones nos hacían gracia. Eran

— 28 —

Artículo 142. — Establece la obligación de todos los diputados a rendir cuenta de su gestión a sus electores, así como a ser revocado su nombramiento, siempre con arreglo a lo establecido en la ley.

Artículo 143. — Trata del problema nacional, que, como es sabido por todos, es la hoz y el martillo, la estrella de cinco puntas y el lema: «Proletarios de todos los países, uníos!»

Artículo 144. — Determina que la bandera del pueblo soviético es roja, con la enseña antes mencionada de la hoz y el martillo y la estrella de cinco puntas.

Artículo 145. — Establece que la capital de la U. R. S. S. es la ciudad de Moscú.

Artículo final. — Pone de manifiesto que la Constitución de la U. R. S. S. no puede ser modificada más que por la decisión del Consejo Supremo, avalada por una mayoría no inferior a los dos tercios de los votos en cada una de sus Cámaras.

El ligero estudio que de la Constitución del país proletario se hace en este improvisado trabajo tiende a dos cosas: en primer lugar, a su divulgación para conocimiento de la mayor cantidad posible de camaradas — ¡ojalá todos la conocieran! — para su comparación con las de otros países llamados democráticos, pero que su carta fundamental no lo demuestra; y en segundo lugar, para que en el futuro nos sirva de guía, cuando, después de ganar la guerra, tengamos necesidad de reformar la nuestra.

Antonio ALBA



No puede haber compromisos de ninguna clase con los generales traidores a su patria ni con los invasores extranjeros.

Echar al invasor, aplastar a Franco, destruir al fascismo en nuestro país: éste es el único compromiso posible.

Ramón SANCHIS
Delegado político

LAS ORGANIZACIONES AMPLIADAS

Amigo y compañero Antonio Alba: Me pides unos renglones para nuestro querido periódico extraordinario EL TRABAJO, a sabiendas de que me cuesta más esfuerzo escribir un artículo que tender un techo de cañizo; pero como sé que si no lo hago te molestarías, cosa que yo no quiero, y además como disciplinado, voy a ver si puedo hilvanar unos renglones para cumplir con las dos cosas a la vez.

Por si no fuese ya un gravísimo obstáculo para el mejoramiento del proletariado la inercia de muchos trabajadores, a quienes su ignorancia tremenda aleja de la organización y convierte en dóciles servidores de la clase capitalista, las discusiones doctrinales han venido a dividir las fuerzas obreras; claro está que con perjuicio de ellas mismas y en provecho grande de la clase enemiga, del capitalismo. Y es seguro que si una ley más fuerte que el impulso con que los trabajadores hacen marchar la sociedad hacia su perfeccionamiento no llevara el actual orden de cosas en la dirección que nosotros anhelamos que siga, las discordias intestinas

del proletariado, ese prurito insano de fundar sectas y entronizar dogmas, acabarían por hacer imposible la transformación social apetecida y las cosas seguirían como siempre fueron, aunque todos declarasen su vehemente afán de modificarlas radicalmente.

Ya sé que es un imposible la conciliación, por tantos románticos deseada, entre las tendencias obreras antagónicas que se disputan la supremacía en el campo de la organización. Pero lo que no conceptúo imposible, porque en otros países se ha realizado, es una inteligencia profunda entre los dos adversarios, que en vez de destrozarse mutuamente tienen una misión que realizar: la lucha contra el capitalismo, contra el enemigo común.

¿Por qué no esa inteligencia, abandonando el odioso palenque de las injurias recíprocamente inferidas? Los hombres de buena voluntad y de reposado juicio que en uno y en otro campo existen harían un gran bien a la causa de todos, a la causa del proletariado — que está por encima de las transitorias ideologías —, desdenando las ruines peleas de gallinero,

amando las nobles lides donde la razón es juez de campo y echando el peso de su legítima influencia en el respectivo bando para callar las vociferaciones,

de los exaltados, es decir, de los ignorantes que no quieren oír nada que no sea su evangelio, el artículo de fe que ciegamente creen compendio de la suma verdad,

Pero no pretendo que se llegue a esta inteligencia con pactos ni formalidades de protocolo.

Esa inteligencia creo que puede y debe hacerse en el terreno sindical, con la alteza de miras que el caso requiere. ¿Por qué regla de tres hemos de convertir el Sindicato en terreno experimental de nuestras concepciones intransigentes? La intransigencia debemos dejarla a la puerta del Sindicato. Mas es necesario que el Sindicato nos ayude a deponer esa rigidez de criterio. ¿De qué modo?

Cada vez que surge una disidencia en el seno de un Sindicato — y comprendo que no es debida, como en tantos casos ocurre, a envidias personales de ciertos «caudillos», o a manejos ocultos

pienso que una buena parte de culpa en el origen de la división la han tenido todos: los que se van y los que se quedan. Todos han sido culpables inconscientes. Y estriba la explicación de esta aparente paradoja en que unos y otros no han tenido cuidado, antes de entrar en las lamentables y casi siempre baldías discusiones teóricas, de ponerse a pensar cómo podrían atenuarse estos choques de ideas, haciendo imposible el rompimiento.

En la actualidad, los Sindicatos son radicalmente anarquistas si la mayoría de sus elementos componentes se inspiran en los ideales libertarios. He ahí una puerta cerrada para los que no comulgan en esas ideas. Por el contrario, si son socialistas los que tienen la mayoría en el Sindicato, éste es reciamente socialista. Otra puerta que en vano se abre para los disidentes del Socialismo, y otro tanto o más ocurre con el comunismo.

Habrà quien crea que esto es muy natural. No lo es. El Sindicato no debe ser el Grupo libertario, ni el Partido Socialista, ni el Partido Comunista. Discútan todos fuera del Sindicato y procuren, ante todo, que en éste, por efecto de una tolerancia grande entre tirios y troyanos, haya sitio para todos; sitio cómodo, que nadie rehuse ocupar. Y esto no es tan difícil de lograr desde el momento en que llevemos a la reglamentación de los Sindicatos, a la táctica de ellos y hasta a las mismas discusiones que en su seno se susciten un amplio criterio inspirado en la necesidad de ampliar, no de restringir, el marco en que la acción sindical se ha de comprender.

Nicolás HERNANDEZ

ESTE NUMERO HA SIDO
VISADO POR LA CENSURA

VAYA MI CHARLA

Problemas del futuro

A no dudar, éstos tienen muchísima importancia. La guerra debe ser la principal preocupación para todo buen ciudadano; pero sin olvidar que el triunfo, nunca puesto en duda, traerá consigo problemas que conviene que estén aclarados.

La retaguardia tiene grandes problemas que resolver. Su actividad es inagotable si quiere cumplir su cometido. Debe por todos los medios procurar el mayor bienestar posible a la vanguardia, forzando la producción, tanto guerrera como de las comodidades que un Ejército del pueblo como es el nuestro precisa. Pero ahí no para su finalidad. Otros estudios deben entretener su misión. Existen problemas que requieren su solución para el futuro, en el que regresen victoriosos de las trincheras, y que forzosamente hay la obligación de darles resultado.

En la guerra, y máxime si es como la que España sostiene, juega tan importante papel la vanguardia como la retaguardia. Todo es objeto de la comprensión de sus componentes para el cumplimiento de éstos. Seguros como estamos de nuestro triunfo, debemos resolver necesidades de este Madrid... que hoy no lo son, pero que lo serán en un próximo futuro.

Enfoquemos algunas de ellas que, por orden de prelación, son dignas de airear:

Madrid precisa, y la saña del invasor dió principio a ello, reformas muy importantes en lo que a sus vías se refiere. Existen proyectos ya aprobados que conviene sacar a la luz pública para su ejecución. Esteban de la Mora, arquitecto municipal que fué, presentó un importante proyecto para la reforma de Madrid, de mucha precisión, en el que se señalan mejoras de indudable necesidad para su interior, y que no cabe la menor duda de que es necesario acometer en un mañana muy próximo.

Por dos arquitectos — Sáinz de los Terreros y Díaz Toiosana — también se confeccionó un proyecto de Gran Vía circular, que por su importancia merece ser objeto de estudio. Su confección data de tiempos en los que se proyectaba para el porvenir, y éste no llegaba nunca.

Muguruza, autor de otro proyecto titulado Gran Vía-Amaniel, también presta al futuro Madrid un gran servicio, mereciendo asimismo la ejecución de él por lo que en sí representa.

José María Cano, ingeniero de Caminos del Municipio madrileño, también proyectó uno de los más importantes medios de accesos a Madrid y la construcción y ampliación de los puentes existentes como medio de resolver el problema de la aglomeración a su entrada.

Asimismo, García Mercadal tiene en el archivo municipal estructuras del Madrid venidero, en lo que ha de ser el embellecimiento de la gran ciudad futura.

Ocupémonos de ellos. Trabajemos para conseguir que el título de capitalidad de España, hoy doblemente conquistado, sea una realidad. Estudios y proyectos existen, y si de momento no son realizables, facilite quien debe su divulgación, que lo demás lo realizará el tiempo, que, a no dudar, nos pertenece.

UN AFILIADO

Gráfica Socialista: Trafalgar, 31. Tel. 33461

— 26 —

— 27 —

los mejores, los predilectos de monarca, o presdentes, tanto monta, que únicamente tienen la misión de salvaguardar los privilegios de los favorecidos por la fortuna.

Artículo 124.— Se asegura la verdadera libertad de conciencia, no la por nosotros conocida, y se determina la separación del Estado y la Iglesia, reconociendo el derecho a practicar el culto que se desee.

Artículo 125.— De conformidad con los intereses de los trabajadores, y con el fin de afirmar el régimen socialista, se garantiza por la ley a todos la libertad de palabra, la libertad de prensa, la de reunión y la de manifestación; estando el Estado obligado a poner a su disposición, para el ejercicio de estos derechos, los impuestos, «stocks» de papel, edificios públicos, servicios postales, telegráficos y telefónicos. Comentándose este artículo por sí solo, omitimos el hacerlo, recomendando únicamente a los lectores que comparen incluso con aquellos otros pueblos considerados como la cuna de la democracia.

Artículo 126.— Le reconoce el derecho inalienable a todo ciudadano soviético a agruparse en el partido político o Sindicato que tenga por conveniente.

Artículo 127.— Ningún ciudadano puede ser detenido sino por decisión del Tribunal o con el consentimiento del procurador respectivo.

Artículo 128.— Impide la violación del domicilio y de la correspondencia.

Artículo 129.— Reconoce el derecho de asilo a todo extranjero perseguido en su país por la defensa de los intereses de los trabajadores.

Artículo 130.— Obliga a todo ciudadano a observar la Constitución, a cumplir las leyes y a la disciplina del trabajo.

Artículo 131.— Todo ciudadano de la U. R. S. S. está obligado a afirmar la propiedad socialista, que es la base del régimen soviético; considerando a quienes contra ella atenten como enemigos del pueblo.

Artículo 132.— El servicio militar general es una ley. El servicio militar en el Ejército rojo es un deber de honor para todos los ciudadanos de la U. R. S. S.

Artículo 133.— La defensa de la patria proletaria es el mayor deber de todo ciudadano; castigándose de la manera más enérgica todo acto de traición o espionaje comprobado.

Artículo 134.— Las elecciones a todos los Soviets y Consejos se efectúan por sufragio directo y con votación secreta.

Artículo 135.— Trata del sistema electoral, determinando que todos los ciudadanos de la U. R. S. S. que hayan cumplido los dieciocho años tienen derecho a ser electores y elegidos, salvo los alienados y aquellos a quienes los Tribunales hayan privado de este derecho ciudadano.

Artículo 136.— Establece el derecho de igualdad para todos los ciudadanos.

Artículo 137.— Extiende los derechos de los dos anteriores a la mujer.

Artículo 138.— Concede derecho a los ciudadanos incorporados a filas a elegir y ser elegidos.

Artículos 139, 140 y 141.— Tratan del procedimiento de elección en cada caso, bien de Consejo Supremo o de Soviets, determinando las organizaciones, todas proletarias, que tienen el derecho a designar candidatos.